

## Nada de Latín

“*Verbum*”, *dimitte fasces populo*.

Señor director: Su invitación a colaborar en los ideales clásicos de esta Revista, me llega con diez años de atraso, cuando mi pobre mentalidad ha tenido que capitular, mejor dicho, *a mal tourné comme une jeune fille*, y si tiene todavía algún íntimo sentimiento de amor y de veneración por el latín, lo reprime y lo disimula avergonzada, miedosa de que se interprete como una petulancia histérica, en esta época de negocios, de dólares, de petróleos y de dividendos. Cuando mi mentalidad recapacita un poco en su pasado, en el tiempo en que fué honesta, se esconde y, a altas horas de la noche, se deleita con algunos versos clásicos con la misma avidez con que, según la venta, parecen aplicarse las niñas a la lectura de *La Garçonne*.

En este siglo XX me parece que se puede interpretar humanamente la frase del Evangelio de San Juan: *verbum caro factum est*, el verbo se ha hecho carne, materia; y se le puede agregar lo que dijo Simón Pedro en Getsemani: *caro autem infirma*, y esta carne, esta materia, podrida.

Son precisamente estas frases y otras similares de los sagrados textos las que han hecho tomar tierra al latín, pues los torpes inventores de la actual democracia, en su supina ignorancia, han encontrado que el latín era y es lengua usada por los clérigos y por los soberanos sus aliados. Como si el Evangelio y la Magna Charta no hubieran afirmado muchos siglos antes e inútilmente, como ahora, los derechos del hombre.

Antes, sobre los cañones, se escribía: *ultima ratio regum*; hoy, sin escribirlo, los cañones son la *última ratio populi*.

Yo, hasta el principio de la guerra, aun no siendo latinista, como lo poco que sé lo debo exclusivamente a los estudios clásicos y a las humanidades que con ellos van acollaradas, en las conferencias que daba a la juventud y a los educadores siempre traté de persuadir que esa lengua forma la mente, forma la literatura, da armas para defenderse en la vida, da consuelos inefables en las desgracias; y lo afirmaba así plenamente convencido de lo que dijo Schopenhauer: que “el que desconoce el latín es hombre vulgar, aun cuando llegue a obtener en el laboratorio el radical del ácido fluorhídrico”. Pero para seguir confesando ahora esas convicciones debería retraerme a alguna tierra desconocida, de costumbres bucólicas, o, para poder vivir en una metrópoli, tendría que ser rico y sepultarme en una biblioteca de aquellas que aquí no hay.

Es inútil pensar en el latín en un mundo que se ocupa exclusivamente del acero, del carbón y del petróleo. Inútil pensar en el latín en un mundo en que se arraiga el psicoanálisis de Freud, quien descubre que el ternero mamón y el niño lactante se prenden del pezón por un preinstinto genésico, lo que convierte a las criaturas en *Venus fellatrix*. Inútil pensar en latín cuando Bergson, el filósofo de un dulcamarismo extra moderno, sintiendo la ola de misticismo — en parte instintiva y en parte provocada artificialmente, — para seguir la moda, que él, secundándola, se hace la ilusión de dirigir, se hace ahora el apóstol del latín, el que forma quizás parte integrante de este misticismo, cuando éste no sueña con el ectoplasma.

Pero todo es inútil: aunque la civilización moderna llegue a salvar la crisis actual, será siempre de espíritu eminentemente cartaginés; y después de su destrucción no dejará rastros ni de lengua ni de obras intelectuales, como no los dejó Cartago.

Es inútil la campaña de *Verbum*, en todo el mundo: el pueblo es soberano, no quiere latín, y hay que *demittere fascēs populo*.

No debo escribir más, señor director, pues, como ve, contrariando mis inclinaciones, íntimas, he tenido que adaptarme al ambiente, que no se puede eludir. Mas para terminar con algo en latín (seguro como estoy de que *Verbum* no cae en todas las manos, no es una margarita *ad porcos*), le copiaré aquí una inscripción que proyecté para un monumento que debía levantarse a San Martín en las cascadas del Iguazú, monumento que, como buena obra de sentimentalidad latina, no fué llevado adelante, sucediéndole casi inmediatamente un proyecto de turbinas para aprovechar la fuerza motriz de la caída de las aguas y dar así luz más barata a los rascacielos de Buenos Aires:

*Hominis indiga vox obmutescat,  
Jam nemo tubae famae fatiget,  
Hic enim Iguazú  
In fremitu cataractarum  
Nuncupat in aeternum nomen tuum  
San Martin  
Et per orbem late resonante fragore profundum  
Magno cum murmure reddent  
In amica pace Argentinas glorias  
Aequora vasta  
O Pater patriae et Populi.*

Salúdalo atentamente S. S.

*Clemente ONELLI.*